

Janeth
Posada



Ilustración: Clara Inés Velásquez

La otra oportunidad

A penas el marido dejó de respirar, los ojos de Aleida recobraron el brillo. Nadie lo notó porque ella no despegó el mentón del pecho, ni en el velorio, ni durante el entierro, ni en las noches siguientes. Pero terminadas las novenas, ya sola, sentada en el único sillón de la sala, alzó los ojos y agradeció al cielo su viudez.

Muy pronto volvió el color a sus mejillas y hasta en el cabello se advertía que estaba viva de nuevo. Pero ella se fijaba poco en su aspecto porque, cuando lo hacía, no se encontraba mucha gracia a sí misma, así que no se percató del cambio hasta una mañana en la que el patrón, como quien dice buenos días, le dijo que se veía rejuvenecida. Entonces un animal saltó dentro de su pecho como si esas palabras fueran una declaración de amor. Y otros ojos despertaron en ella para verlo a él.

Sin embargo, respondió al cumplido con una muy vaga sonrisa y se dispuso a servir el café del desayuno, temerosa de irlo a regar por la emoción. La señora solo bebió un sorbo, dio las gracias y salió apresurada camino al trabajo. Aleida se despidió de ella con una culpa recién nacida. El señor se quedó en casa, como siempre.

Y la mujer se dedicó a lo suyo, queriendo no pensar. En un par de horas los pisos estaban barridos, limpias las mesas, puesta la ropa en la lavadora. Era el momento del café de las nueve. Entró despacito a la habitación que hacía de oficina y lo vio a él, un libro en una mano y la otra apoyada sobre el bastón que le permitía mantenerse firme, y su alma de enfermera afloró y pensó en lo frágil que era el señor, y lo decente y lo amable; y al mismo tiempo la bestia sin forma que palpitaba bajo su piel la obligó a compararlo con el marido muerto. Pero antes de que el recuerdo terminara de tomar forma ella habló para espantarlo y anunció que el café estaba listo, media cucharada de azúcar y unas gotas de leche. El señor le dio las gracias y ella se sonrojó. Y quiso decir cualquier cosa pero de inmediato se le vino a la mente la señora, que siempre le daba regalos en navidad.

Y siguió mejor en sus asuntos; tendió la ropa, sacudió la biblioteca, adobó el pescado. Lo llevó luego al horno y preparó el resto del almuerzo, puso la mesa y llamó al señor. Él se sentó con la parsimonia propia de su cojera, con la serenidad de siempre, y Aleida se dijo para sí que era tan correcto el señor, que nunca se alteraba y no decía malas palabras. Cómo le gustaban los hombres que no decían malas palabras, en cambio el marido... No, en el marido no

quería pensar. Ya estaba muerto y así estaba bien. Se quedó de pie, junto a la mesa, viendo comer al señor, y soñando con que se sentaba a su lado y comía despacio, como la señora, y como ella, solo se llevaba a la boca pequeñas porciones de comida. La señora, de ella había heredado un montón de vestidos casi nuevos. “Ay, si la señora me leyera los pensamientos”, se dijo, sacudiéndose la cabeza mientras huía a la cocina.

Con la mesa limpia y los platos lavados retornó el silencio natural de la casa y ella se fue al cuarto de ropas a planchar finos trajes de dama, pantalones de dril, camisas de seda italiana. En estas se demoró y en un arrebato se llevó una al pecho y la apretó con fuerza, y en su estómago algo revoloteó. Como si abrazara fuego, la soltó casi de inmediato. Se pellizcó las mejillas en un inesperado acto de arrepentimiento y bajó los ojos pensando en el señor y en la señora e, inevitablemente, en el difunto, pero a ese quería olvidarlo de una vez por todas, así que, dejando para después las expiaciones, salió corriendo de la habitación.

Doblada la ropa, las plantas regadas, la cena para dos lista en el horno, el agua aromática para el señor y el té para la señora servidos. Como era costumbre, Aleida fue hasta el cuarto-oficina a despedirse de su patrón, pero el adiós doctor contenía un volveré pronto mi cielo que la mortificó, porque no podía olvidarse de la señora, la única patrona que le había dado días libres y pagados.

Se pasó los cuarenta minutos del viaje en bus repitiendo que estaba vieja para jugar a enamorada y tratando de olvidar el porte tan elegante del señor. Los diez minutos del camino a pie se le fueron recordando su vida vivida, su trabajo, los hijos que se cansó de añorar, el marido.

En su casa hizo lo que correspondía; y más tranquila, muy tarde ya, se acostó en la cama que apenas recién disfrutaba de verdad. Soñó que se vestía de verde claro para casarse con el señor y que la señora la miraba con enojo y el marido la señalaba con el dedo índice y luego trataba de agarrarla para evitar que fuera feliz. Se despertó sobresaltada y ya no pudo dormir. Buscó entre sus cosas una pequeña bolsa, solo para cerciorarse de que estuviera ahí, luego volvió a tenderse boca arriba con los ojos abiertos hasta que el reloj despertador sonó.

Se vistió con esmero esa mañana, asombrada de sí misma, mirándose al espejo más veces de las que lo había hecho en mucho tiempo, por primera vez lamentando las manchas que el sol le había ido dejando en la cara, así como los hilillos azules que le atravesaban las piernas. Y así, todas las mañanas que



le siguieron, siempre canturreando durante los diez minutos de caminata, pensando en qué haría de especial ese día para el señor, mirándolo a hurtadillas, sonrojándose, limpiando, arrepintiéndose, verificando que la bolsita continuara en su sitio, soñándose vestida de verde, espantándose ante el recuerdo del muerto que venía por ella y despertándose alterada, para volver a empezar.

Y de pronto, un día ya no fue capaz de mirar a la señora de frente cuando le llevó el café. Supo entonces, con un dejo de angustia, que no podía posponer más su decisión, y se sintió infeliz por su destino. Pero no había remedio, se dijo, su camino nunca había sido fácil y nunca le había dado satisfacciones. Este era otro sacrificio por algo que en verdad podía valer la pena. Trató de hacer sus tareas como de costumbre y, para su tranquilidad, nadie notó nada. Hubo café, ropa lavada, camas tendidas, pisos barridos, almuerzo a tiempo, camisas planchadas, todo con ojos nublados. Al finalizar hubo aromática y té. La cucharilla tembló entre sus manos mientras preparaba la bebida de la señora.

Dijo adiós desde la puerta y unos pasos vacilantes la llevaron hasta la parada del bus. Atravesó la ciudad, ajena al ruido y al roce continuo de los otros pasajeros, perdida en la pregunta por los días que seguirían. Al llegar a su casa, todo lo que hizo fue mirarse al espejo buscando una señal, algo que le indicara que lo que había hecho estaba mal, pero no logró ver nada. Luego sacó de la cartera la bolsita aquella que conservaba como un tesoro y se tendió en la cama. Se quedó mirándola casi con amor, convencida de que era su esperanza de una verdadera oportunidad para el futuro. Y por qué no, pensó, si ya meses atrás le había otorgado la posibilidad de que el marido se fuera volviendo, cada vez más, pasado. ■



Janeth Posada
(Colombia)

Medellín, 1979.
Ingeniera administradora de la Universidad Nacional. En la actualidad trabaja en la Revista Universidad de Antioquia. Ha publicado *El rastro de los días* (poemas, 2008) y *Cuando una mujer está triste* (Beca de creación en cuento de la Alcaldía de Medellín, 2009). Pertenece al taller de escritura creativa de la Universidad de Antioquia.